

UN GOBERNADOR MADERISTA: JOSÉ MARÍA MAYTORENA Y LA REVOLUCIÓN EN SONORA

Peter V. N. HENDERSON
Winona State University

HACE DOS GENERACIONES, UN CONOCIDO PIONERO en el estudio de la historia de México eligió el título *Many Mexicos* para describir su percepción del tema principal en la historia del país.¹ Desde el norte semiárido —una exageración climática y geográfica de Arizona y Nuevo México— hasta las tierras altas y junglas vaporosas del sur, México presenta una multiplicidad de rostros a propios y extraños. No es de sorprender que los habitantes de ese país sean tan diversos como la tierra que cultivan. Mucho antes de que los europeos pisaran tierra mexicana, en Mesoamérica florecían culturas regionales características y complejas, representadas hoy en museos estatales como los de Querétaro y Oaxaca. Al mismo tiempo, a través de los siglos, varias entidades políticas mexicanas han luchado por mayor identidad nacional. Esta tensión entre unidad y diversidad, el forcejeo centrífugo-centrípeta entre el centro y la periferia, ha constituido el fundamento de la historia de México hasta nuestros días. Esto fue particularmente claro durante la Revolución de 1910, que destruyó la unidad ilusoria

Fecha de recepción: 19 de octubre de 1999

Fecha de aceptación: 28 de septiembre de 2000

¹ SIMPSON, 1935. Véase también GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, 1973.

creada por Porfirio Díaz, sólo para terminar creando, en la década de 1930, un Estado mexicano más grande, unido con el pegamento cultural de la mexicanidad.

El alzamiento revolucionario de 1910 —encabezado por el perdedor de las elecciones a la presidencia, Francisco I. Madero— alcanzó su mayor impacto militar en la frontera de México con Estados Unidos. Algunos líderes locales de Sonora, en especial José María Maytorena, personaje central de este artículo, desempeñaron un papel secundario al servir como tenientes civiles en la lucha que derrocó a Porfirio Díaz en 1911. Una década más tarde, al tener lugar la última acción militar exitosa de la Revolución, los sonorenses encabezaron la lucha contra la ciudad de México. El importante papel del estado durante la Revolución ha llevado a varios estudiosos a escribir historias locales, algunas de las cuales describen la etapa inicial de la revolución de Sonora.² Sin embargo, nadie ha estudiado la revolución de Sonora desde la perspectiva del reciente debate historiográfico sobre si el mandato de Maytorena de 1911-1913 fue un movimiento social genuino o el resultado de intereses personales.³ Más específicamente, ¿fue la revolución mexicana un movimiento popular, agrario y autónomo? ¿Cuáles fueron los puntos urgentes de sus participantes, la búsqueda de mayor libertad de un Estado cada vez más centralizador y/o la redistribución de derechos de propiedad, la resolución favorable de sus conflictos con hacendados locales? ¿O acaso una nueva clase de líderes políticos estaba buscando sustituir a sus contrapartes porfiristas para manipular a las clases populares y la ideología populista en su propio beneficio? Si bien ambas alternativas no se excluyen mutuamente, este artículo buscará esclarecer el debate, por lo menos en lo que atañe al papel del estado norteño de Sonora a principios de la Revolución.

² La mejor historia del estado, en especial en cuanto a acontecimientos militares, en AGUILAR CAMÍN, 1985, pp. 127-163. Véanse también DEEDS, 1974 y RIVERA, 1969.

³ En el ámbito nacional véase el debate entre KNIGHT, 1987 y RUIZ, 1989.

Para realizar esta tarea, se consultaron algunas fuentes nuevas, en particular los papeles personales de José María Maytorena y su autobiografía no publicada, que describe su papel en la Revolución.⁴ El historiador que estudia este periodo de la historia de México tiene la fortuna de contar con una plétora de recursos a su disposición. Además de los papeles presidenciales de los mandatarios de inicios de la Revolución (Francisco León de la Barra y Francisco I. Madero), los archivos del gobierno están muy bien preservados. La Secretaría de Relaciones Exteriores tiene bien documentada la inquietud sobre los filibusteros y los exiliados, quienes amenazaban la paz en la frontera sonorense. De igual forma, el archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional describe con detalle las exigencias militares que plagaron el gobierno de Maytorena. La existencia de estos múltiples puntos de vista nos ayuda a entender con claridad los problemas que enfrentó Sonora de 1910-1913.

Este artículo sostiene que, a principios de la Revolución, muchos seguidores civiles de Madero y la generación más joven de porfiristas que el dictador dejó atrás al huir a París con sus amigos más cercanos, convinieron que México necesitaba un cambio. Existían diferencias en cuanto a la naturaleza y el alcance del cambio, pero el nuevo gobierno logró un acuerdo notable en términos generales. Resulta interesante advertir que varias ideas reformistas se asemejaban a los conceptos articulados por los “progresistas” en Estados Unidos. Maytorena seguramente conocía estas ideas, pues había estudiado en el estado progresista de California. Este artículo sugiere que el ejercicio del gobernador Maytorena en Sonora fue, en cierto modo, progresista: reflejó las ideas reformistas de Francisco I. Madero, de varios colegas de los gobiernos del norte, de algunos reformadores porfiristas y de sus contemporáneos al otro lado de

⁴ Los documentos de los gobernadores raramente sobrevivieron a la Revolución, véanse BEEZLEY, 1973, pp. 308-313; los papeles de Maytorena se encuentran en JMMA; MAYTORENA, 1916, JMMA, carp. 17. Un hagiógrafo utilizó este material para escribir su tesis de maestría, publicada como McCREARY, 1974.

la frontera con Estados Unidos. Así, este trabajo se concentrará en la historia de Sonora durante el periodo complejo y a menudo incomprendido de la presidencia interina de Francisco León de la Barra, en 1911, y el gobierno sucesor de Francisco I. Madero.

EL PASADO DE SONORA Y LA REVOLUCIÓN MILITAR DE 1910

Desde su fundación en el siglo XVI, Sonora fue un área fronteriza, con frecuencia ignorada por la ciudad de México. Parte de la razón para esta desidia era la lejanía de la región, que requería un viaje largo y arduo desde la capital virreinal. Además, en Sonora no abundaban los recursos minerales, de manera que la búsqueda de riquezas que atrajo mineros a otras regiones norteañas no desempeñó un papel importante en el desarrollo inicial del estado. En su lugar, Sonora contaba entre sus primeros pioneros un grupo valiente de misioneros jesuitas, quienes lograron cristianizar y pacificar, entre otras, a las tribus belicosas yaquis. Al iniciar la lucha de independencia en 1910, la población de Sonora era aún escasa y sus comunidades estaban aisladas del resto de México.

En varios aspectos, la historia de Sonora durante el siglo XIX fue un microcosmos de las dificultades que plagaban todo el país. La élite dominante —los llamados notables urbanos— se dividió en facciones a causa de rivalidades entre las regiones contendientes del estado. Las amenazas periódicas de invasión por parte de filibusteros yankees incrementaban las tensiones; y, finalmente, algunos caudillos omnipotentes buscaban establecer su hegemonía en el ámbito estatal. Más tarde, durante el porfiriato, Sonora experimentó un nuevo tipo de invasión yankee, ahora por parte de gringos armados con dólares en lugar de escopetas. La infraestructura del estado se modernizó con rapidez a medida que las corporaciones y los hombres de negocios estadounidenses explotaban los yacimientos de cobre y otras empresas generadoras de beneficios. Las compañías de Estados Unidos trajeron con ellas a trabajadores especializa-

dos y administradores, pero también emplearon a mucha gente local. Así, el porfiriato presenció una transformación del estilo de vida tradicional de Sonora encabezada por extranjeros y por una élite local privilegiada que a menudo se asociaba con los estadounidenses.⁵

Un hecho importante diferenciaba a Sonora de otras regiones de la República Mexicana: la presencia de un grupo indígena combativo que se aferraba a muchas de sus tradiciones y se oponía resueltamente a incorporarse por completo al mundo de habla hispana. Antes de la conquista, los yaquis vivían en poblados ribereños y dependían de las inundaciones bianuales para revitalizar la tierra de sus caseríos aislados. Si bien, resistieron con fiereza las embestidas de las expediciones militares españolas, sucumbieron ante la adulación de los jesuitas, quienes les ofrecieron una relación de simbiosis y colaboración. Querían participar de la tecnología agrícola moderna, de los nuevos ganados como las vacas y cabras, y de los nuevos cultivos, como el trigo. Por otra parte, la nueva religión los atraía, y con el tiempo se creó una fusión sincrética de las prácticas religiosas católicas y tradicionales. También les gustaba la idea de tener un pueblo y casas más grandes, y con el tiempo los jesuitas lograron congregar a la tribu en ocho comunidades extendidas a lo largo del río Yaqui. En suma, durante gran parte del periodo colonial, gozaron de una posición única entre los grupos nativos mexicanos; permanecieron fuera de los límites de la civilización y del comercio españoles, y nadie los molestó.

Cuando el manto protector de los frailes abandonó Sonora, el valle del río Yaqui se convirtió en blanco de la expansión y codicia españolas. Cuanto más veían los yaquis sus tierras como una herencia, tanto más las veían los mexicanos como una oportunidad capitalista en formación. Las dos culturas entraron en conflicto sobre el significado inherente de la tierra: para los mexicanos individualistas y capitalistas, adquirir una propiedad en dominio pleno borraba toda obligación para con los demás, mientras que para los yaquis, la comunidad conservaba sus derechos

⁵ Voss, 1982; ACUÑA, 1974, y RUIZ, 1985.

inherentes sobre la tierra (en general para un uso particular). El conflicto creció a finales del siglo XIX, cuando, con la embestida de los inversionistas, llegaron oportunidades económicas y mayor estabilidad.

Sin embargo, los nuevos terratenientes porfiristas estaban mucho mejor equipados, y los gobiernos federal y estatal emprendieron una guerra a muerte contra los yaquis en las décadas de 1880-1890, a pesar de las objeciones de algunos disidentes, como el personaje central de este artículo. Los especuladores codiciaban sus tierras fértiles para la agricultura de exportación, y cuando algunos yaquis se mostraron renuentes, los empresarios exigieron con éxito que se tomaran medidas. Cuando la policía rural o el ejército capturaban a los rebeldes, los vendían como jornaleros a las plantaciones de henequén en el lejano Yucatán. Allí, los deportados trabajaban en condiciones apenas imaginables para el siglo XX.⁶ Así, no es de sorprender que varios de ellos participaran como soldados en la fase militar de la revuelta contra Porfirio Díaz.

No obstante, el mando de la revuelta maderista estaba compuesto por notables urbanos excluidos del “carro lleno” de Porfirio Díaz. Varios de ellos, incluido Maytorena, habían apoyado la campaña de Madero en Sonora en 1910, organizando mítines e imprimiendo panfletos. Muchos de estos importantes terratenientes y hombres de negocios se habían beneficiado con las políticas económicas de Díaz, pero se sentían obligados a manifestarse en temas de reforma política y social. La reelección manipulada de Díaz como presidente en 1910, así como la reelección del impopular gobernador estatal, Luis Torres, cristalizaron la frustración de los opositores y su desafortunada acción política. Muchos maderistas importantes del estado, incluidos José María Maytorena (conocido de cariño como “Don Pepe”), Eugenio Gayou y Carlos Randall, dejaron Sonora para exiliarse en Arizona y California, donde planearon la rebelión para luego apoyar los esfuerzos militares de las fuerzas populares maderistas en el campo.

⁶ HU-DEHART, 1984; SPICER, 1980, y TURNER, 1969.

Los maderistas rebeldes establecieron un frente en Sonora a principios de enero de 1911. Como había sucedido en Chihuahua, surgieron bandas de guerrillas en todo el estado durante los siguientes seis meses; y su número aumentó cuando el ejército porfirista no logró vencerlos. A fines de abril, una importante batalla en Agua Prieta estuvo a punto de provocar un incidente internacional al caer del otro lado de la frontera algunas granadas que hirieron a ciudadanos estadounidenses en Douglas, Arizona.⁷ Pueblos como Cananea estallaron como volcanes de furor patriótico antiestadounidense. Algunos oficiales locales, en especial los acusados de colaborar con los odiados estadounidenses, fueron echados de sus puestos a punta de pistola mientras que los alborotadores saqueaban tiendas y paraban el trabajo en las minas.⁸

En otras partes del país ocurrieron acontecimientos semejantes. Las bases del edificio, aparentemente frágil, del porfirato se sacudieron para derrumbarse en mayo de 1911. Al mismo tiempo, los líderes políticos maderistas, incluido el triunvirato de Sonora, querían conservar el desarrollo alcanzado por la dictadura y evitar más daños a la infraestructura económica. Así, desde que comenzó la insurgencia, el mando político maderista mostró interés en un arreglo negociado. Sin embargo, los términos de la transferencia del poder continuaron siendo materia de disputa hasta principios de 1911, por lo cual se intensificó la insurgencia. Díaz esperaba obstinadamente retener el poder integrando algunas reformas al sistema, mientras que los maderistas esperaban remplazar no sólo al dictador, sino también a algunos oficiales porfiristas —incluidos varios gobernadores—, con miembros del mando insurgente.⁹ Con el tiempo, Díaz capituló, y el 21 de mayo firmó el Tratado de Ciudad Juárez, que estipulaba la renuncia inmediata del dictador, el nombramiento de Francisco León de la Barra como presidente interino y la sustitución

⁷ AGUILAR CAMÍN, 1985, pp. 154-155.

⁸ T. López Linares, 27 de mayo, 1911, JMMA, c. 7, núm. 5.

⁹ HENDERSON, 2000, pp. 28-49.

de los gobernadores porfiristas por maderistas. En Sonora, el gobernador Luis Torres huyó, y luego de discusiones acaloradas y amenazas disfrazadas por parte de Madero, la legislatura nombró a Carlos Randall gobernador interino.¹⁰

Durante la transición del poder entre Torres y Randall, no faltaron tumultos en ciudades y pueblos. A finales de mayo, las multitudes apedrearon la casa del ex teniente gobernador en Hermosillo. Varias personas ajenas a la insurgencia vieron en ella la oportunidad de vengarse de notables acaudalados que los habían agraviado hacía tiempo. De hecho, la “gente decente” en las ciudades rogaba al ejército federal que se quedara para protegerlos de los disturbios urbanos y los invasores maderistas populares —como se ha llamado a los insurgentes rurales— quienes exigían entrar a la capital y otras ciudades. Era inminente un choque entre los federales y los insurgentes “indisciplinados”.¹¹ Sin embargo, Madero y De la Barra colaboraron con el nuevo gobierno estatal interino para prevenir nuevas luchas. En medio de una paz precaria, Randall se ocupó en resolver el difícil problema de desarmar a los insurgentes y convocar a nuevas elecciones para gobernador.

DE LA BARRA, LOS GOBERNADORES INTERINOS Y LA DESMOVILIZACIÓN

El problema inmediato que enfrentaron el presidente De la Barra y los nuevos gobernadores estatales interinos fue la pacificación del campo. Varias bandas de rebeldes habían surgido en abril y mayo, cuando las grietas otrora microscópicas de la armadura porfirista se habían evidenciado. Si bien De la Barra, Madero y los líderes civiles consideraron que la insurgencia había terminado al renunciar Díaz, muchos maderistas populares no pensaron lo mismo: a pesar

¹⁰ RIVERA, 1969, pp. 233-236.

¹¹ A. Espinosa a Francisco León de la Barra, 29 de mayo, 1911, AGM, c. 24, exp. E-2, núm. 3. El Archivo Magaña contiene todos los papeles presidenciales de De la Barra.

de la promesa de paz contenida en el Tratado de Ciudad Juárez, continuaron invadiendo ciudades, quemando y saqueando. Los gobernadores interinos, como Randall y Eugenio Gayou (sucesor de Randall), querían que todo volviera a la normalidad para que los negocios revivieran y los impuestos comenzaran a llenar las arcas del estado. Ordenaron reparar los cables del telégrafo y las vías del tren que habían sido dañadas durante la contienda, sin mucho éxito.¹² En consecuencia, el gobierno federal consideró que los rebeldes debían salir del ejército para encontrar un empleo civil pacífico.

El mayor problema fueron las hordas de voluntarios que nutrían las filas insurgentes luego de firmado el tratado de paz. Mientras que algunos de estos reclutas trasnochados sentían que su presencia aseguraría el cambio social, para muchos otros la oportunidad de saquear ante la ausencia de orden y de una ley bien definida resultaba demasiado tentadora. En parte, el saqueo puede atribuirse al deseo de los pobres rurales de celebrar que la “tiranía” de Porfirio Díaz por fin había terminado. Sin embargo, también resulta importante considerar la oportunidad que la Revolución ofreció a sus participantes de escapar a la existencia monótona de la vida en el pueblo; de divertirse, emborracharse y seducir mujeres. Las autoridades vieron una ironía más en la situación: los rebeldes recién declarados esperaban un pago por su “servicio militar”. Así, estos agitadores (alrededor de 60000 en todo el país) no sólo amenazaban intereses materiales, sino que sus demandas salariales constituían una pesada carga para las arcas del país. Para el presidente De la Barra, Madero y muchos de los civiles, la falta de lógica de los insurgentes recién llegados constituía una segunda razón para la desmilitarización inmediata.

Los rebeldes tenían un punto de vista diferente sobre la situación: pensaban que su presencia era necesaria para

¹² Francisco I. Madero a Eugenio Gayou, 21 de mayo, 1911, BNAM, c. 2, núm. 770; Eugenio Gayou a José María Maytorena, 27 de mayo, 1911, JMMA, c. 1, carp. 10, núm. 9.

“completar” la Revolución. En otras palabras, temían que la presencia de De la Barra y otros ex porfiristas en posiciones de autoridad, obstaculizaran los cambios reales. Y, desde el punto de vista meramente egoísta, buscaban algún empleo en el ejército, donde ganarían más que como jornaleros durante el porfiriato. De hecho, gran parte del ímpetu por permanecer en armas fue resultado de la depresión que sufría la economía rural. Los rebeldes no sólo contaban con un salario si se incorporaban a la fuerza estatal, sino que también recibían comidas, vestido, y la posibilidad de adquirir un caballo y algo más de dinero por medios extralegales. En suma, una carrera en el ejército, en especial en las fuerzas armadas del estado, ofrecía oportunidades de desarrollo que pocos hombres rurales y analfabetos habían conocido hasta entonces. Aunada al deseo de servir en el ejército, estaba la escasez de oportunidades en otros lados (la economía del sur de Estado Unidos estaba en depresión) y la oportunidad de cobrar venganza contra opresores locales.¹³

En consecuencia, el gobernador interino, Eugenio Gayou, enfrentó una gran resistencia popular cuando en junio y julio de 1911 trató de acabar con las fuerzas populares. A cambio de su pistola, cada soldado recibía del gobierno 25 pesos, más el salario de su servicio militar hasta ese momento. Gayou explicó la importancia de confiscar las armas diciendo que “sería muy peligroso dejar ir con todo y sus armas a estos hombres que simplemente regresarían con sus bandas”.¹⁴ El peor enfrentamiento causado por la desmovilización ocurrió en julio, en Cananea, donde 400 maderistas ebrios se rebelaron y rehusaron entregar sus armas hasta que Carlos Randall logró persuadir a los líderes de ceder. Las súplicas de Randall tuvieron éxito porque la Compañía de Cobre Cananea aceptó contratar 150 hombres adicionales con un alto salario. La situación en Sonora era típica de la mentalidad de los maderistas

¹³ KNIGHT, I, 1987, pp. 266-282 y HENDERSON, 2000, pp. 53-57.

¹⁴ Eugenio Gayou a José María Maytorena, 14 de junio, 1911, JMMA, c. 1, carp. 11, núm. 10.

populares en todo el país; muchos insurgentes querían un empleo bien remunerado como recompensa por haber participado en la revuelta.¹⁵

Mientras en varios estados el gobierno federal redujo con éxito el número de irregulares al licenciar a la mayoría de los rebeldes (el resto formó las compañías de rurales y la policía rural de México), Sonora no lo logró por varias razones. En primer lugar, el gobierno sonorensé logró persuadir a los soldados de proteger al estado contra el espectro radical de Ricardo Flores Magón. En 1911, la posibilidad de que Flores Magón encabezara una revolución no era muy realista; muchos de sus seguidores habían optado por la rebelión más moderada de Madero. No obstante, el viejo anarquista permanecía exiliado en Los Angeles, California, donde declaró públicamente sus intenciones de continuar en la lucha. Sus fuerzas lograron vencer una pequeña guarnición en Tijuana, Baja California, y tomar unos cuantos pueblos en la Península, pero el ejército federal mexicano acabó relativamente rápido con la rebelión. Entre tanto, las autoridades de Estados Unidos arrestaron a Flores Magón por violar las leyes de neutralidad, acabando así con su carrera de revolucionario. Además de múltiples revueltas locales y la amenaza de invasión —más imaginaria que real— por parte de los seguidores de Ricardo Flores Magón del PLM, Sonora enfrentaba otras exigencias militares que dificultaban la desmovilización rápida y absoluta.¹⁶ Mientras los gobiernos federal y estatal notaban que el estado necesitaba más tropas, en vez de menos, para preservar la ley y el orden, el problema de quién pagaría a los soldados se convirtió en el segundo tema de controversia. De la Barra (y Madero, en menor grado) quería preservar el excedente reunido con tanto cuidado durante la última década del porfiriato. El secretario del Interior, de

¹⁵ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 21 de julio, 1911, JM-MA, c. 1, carp. 13, núm. 6.

¹⁶ Timoteo Paredes a Francisco León de la Barra, 26 de octubre, 1911, AGM, c. 19, exp. 5, núm. 14; Gonzalo Luque al Secretario de Guerra, 22 de agosto, 1911, AHDN, c. 131/268, núm. 816, y general José González Salas al subsecretario de Guerra, 13 de octubre, 1911, AHDN, c. 131/268, núm. 903.

De la Barra, Alberto García Granados, se negó en un principio a pagar las fuerzas irregulares del estado, argumentó asertivamente que tal arreglo violaría la soberanía del estado. El gobernador Maytorena estuvo en total desacuerdo y observó que las arcas del estado estaban vacías, y que, por ende, la ciudad de México debía pagar.¹⁷ El gobernador buscó de inmediato la intervención de Madero en su favor. En esencia, Maytorena ganó el debate, pero cedió el control sobre estas tropas: el inspector federal de rurales conservaría el mando porque el gobierno federal pagaría los sueldos.

En pocas palabras, el gobierno estatal de Sonora enfrentó el mismo dilema que otros estados en materia de movilización. Por un lado, los maderistas civiles, como Gayou y Maytorena, vieron la necesidad de desmovilizar las fuerzas irregulares para disminuir los disturbios, saqueos y asesinatos que plagaron Sonora en junio de 1911, así como para controlar los gastos del gobierno. Por el otro, el gobierno se dio cuenta de que debía mantener fuerzas en el ejército, en parte, para aplacar los ánimos de los maderistas rurales que acababan de derrotar a Porfirio Díaz, y en parte, para proteger al estado contra Flores Magón y otros rebeldes que aparecerían durante los dos siguientes años. Con el tiempo, la preparación militar daría frutos. Así, en cuanto a la política de pacificación en Sonora, si bien algunos de los elementos más rebeldes de los insurgentes trasnochados fueron despedidos, en general, Sonora permaneció fuertemente armada durante el mandato de Maytorena.

LA ELECCIÓN DE 1911 EN SONORA

Todos los mexicanos estaban de acuerdo en que las elecciones fraudulentas de 1910 —tanto para presidente como para gobernadores— no se sostendrían. En Sonora, los

¹⁷ Alberto García Granados a José María Maytorena, 9 de septiembre, 1911, AFIM, rollo 18, núm. 0514 y respuesta de Maytorena, 13 de septiembre, 1911, JMMA, c. 1, carp. 15, núm. 4, y José María Maytorena a Francisco I. Madero, JMMA, c. 1, carp. 15, núm. 6.

gobernadores interinos Carlos Randall y Eugenio Gayou comenzaron a prepararse para las elecciones previstas para agosto. Los estudiosos de la historia de México han afirmado a través de los años que las elecciones de 1911 —tanto las federales como las estatales— fueron las más justas y honestas en la historia del país hasta ese momento.¹⁸ Esta generalización es debatible, aunque quizás correcta en términos generales. Se podría concluir que, en ese entonces, la cultura política del país resultaba inadecuada para respaldar una democracia profunda, aunque se observaran las formas de la institución. En otras palabras, en México no existía el grado de alfabetización y el ingreso promedio que suelen existir en los países que practican una verdadera democracia participativa. Además, para las elecciones estatales y locales, Madero optó claramente por hombres educados que compartían sus antecedentes y estatus: los maderistas civiles, como un autor los ha llamado. No le gustaban los patanes campiranos que habían encabezado la revuelta contra Díaz, de modo que la mayoría de esos hombres ambiciosos fueron excluidos del panorama político de 1911. En Sonora, esta situación no tuvo mucha importancia, pues quien habría de ser el héroe militar del estado, Álvaro Obregón, no intervino en la lucha, sino hasta 1912.

Las elecciones en todos los ámbitos del país sembraron dudas sobre el éxito de la democracia en 1911 a causa de historias sobre las tácticas de campaña maderistas, y algunos resultados electorales. Primero, los maderistas ganaron casi todas las elecciones en todos los sectores. En otras democracias, incluso cuando hay victorias aplastantes para echar fuera a algún funcionario impopular, algunos oponentes conservan o ganan puestos en el gobierno. Segundo, los totales de la votación fueron sospechosos. En la mayoría de las democracias, un candidato puede declararse ganador con 60% de los votos; en México, en 1911, los candidatos ganadores casi siempre se adjudicaban 90 o 95% de los votos, y en algunos

¹⁸ ROSS, 1955, pp. 215-216 y RIVERA, 1969, p. 237; HENDERSON, 2000, pp. 107-127, y KNIGHT, I, 1987, pp. 249-274.

casos obtenían victorias “unánimes”. Tercero, cuando pensaban que la pelea por algún puesto específico sería reñida, los maderistas se valían de “trucos sucios” para desanimar y frenar las campañas de sus oponentes. Así, en la carrera presidencial, los seguidores de Madero apedrearon y se burlaron del otrora popular general Bernardo Reyes y lo forzaron a salir de la lucha. También hubo presiones semejantes en algunas elecciones estatales. Por último, los perdedores de las luchas reñidas sostenían que a los insurgentes no les importaba alterar los resultados de las elecciones para asegurar su victoria en las urnas.

En Sonora, el candidato a la gubernatura, José María Maytorena, tenía poca oposición, y su triunfo fue inevitable. Quizás por ser tan popular, Maytorena quería evitar cualquier viso de deshonestidad. No aceptó el cargo de gobernador interino por la misma razón que Francisco I. Madero declinó la presidencia provisional: el principio del Partido Antireeleccionista de un solo periodo en el cargo. El lema “no reelección” se volvió popular en 1911 luego de que Porfirio Díaz y sus gobernadores estatales habían permanecido en el cargo indefinidamente. En términos estrictos, el principio de no reelección, o límites de tiempo, como lo interpretaban Madero y Maytorena, significaba que ningún funcionario, ni siquiera un gobernador interino, podía sucederse. No todos los maderistas eran tan rigurosos consigo mismos como Maytorena. En el estado vecino de Chihuahua, el gobernador Abraham González ocupó el cargo provisional y luego fue electo para el definitivo, como también lo hizo Venustiano Carranza en Coahuila.¹⁹ Sin embargo, Maytorena decidió actuar con propiedad, quizás porque tenía la fortuna de contar con amigos confiables y competentes como Randall y Gayou para fungir como gobernadores interinos.

Maytorena, hijo de un terrateniente adinerado de Guaymas que tenía propiedades cerca del río Yaqui, se había creado una reputación como líder opositor del gobierno

¹⁹ BEEZLEY, 1972, pp. 74-83 y Rafael Zamudio a Francisco León de la Barra, 30 de agosto, 1911, AGM, c. 24, exp. Z-5, núm. 5.

porfirista en los años anteriores a 1910. Su papel en la campaña política de Madero en ese año y durante la rebelión armada lo hicieron el candidato lógico a gobernador. Además, había ganado renombre por tratar a los trabajadores yaquis con justicia, lo cual le permitió denominarse reformador durante la campaña. Maytorena era el claro elegido del pueblo en Sonora en 1911, y, aunque su victoria unánime fuera dudosa, la elección para gobernador la ganó, ciertamente, el candidato más popular.²⁰

La lucha por el puesto de teniente gobernador sembró serias dudas acerca de la práctica democrática en el México de Madero. El amigo de Maytorena, Eugenio Gayou, ganó a pesar de ser impopular entre gran parte del electorado. Las circunstancias que rodearon esta elección sugerían fraude electoral, o al menos otorgaban credibilidad a las acusaciones de fraude por parte de los perdedores. Gayou, el candidato oficial maderista, pronto perdió la popularidad que habría gozado como colaborador de Maytorena y Madero, en parte debido a su papel en la desmovilización —el cual ya se describió antes— y en parte porque, por lo menos a los ojos de algunos maderistas, hizo designaciones caprichosas sin consultar la “voluntad popular”. Los soldados lo culpaban por quitarles sus armas a cambio de una compensación muy pobre y hacerlos perder el primer empleo fijo y bien pagado que muchos de ellos habían tenido.²¹ En junio y julio, algunos oradores maderistas trataron de levantar la popularidad de Gayou. Hicieron giras políticas por todo el estado, incrementando el apoyo para los candidatos del partido y en especial para Gayou.²² Pero

²⁰ Carlos Randall a José María Maytorena, 16 de agosto, 1911, JMMA, c. 1, carp. 14, núm. 14. Maytorena detalló sus contribuciones a la insurgencia en 1910 en un memorándum a Francisco I. Madero, 4 de mayo, 1911, JMMA, c. 1, carp. 10, núm. 1.

²¹ Un ciudadano de pueblo a Francisco I. Madero, 3 de julio, 1911, AFIM, rollo 20, núm. 2510; Arturo Limón a Francisco I. Madero, 21 de julio, 1911, AFIM, rollo 19, núm. 1701, y José María Maytorena a Francisco I. Madero, 21 de julio, 1911, JMMA, c. 1, carp. 13, núm. 7.

²² V. M. Venegas a Carlos Randall, 5 de julio, 1911, JMMA, c. 1, carp. 12, núm. 5.

sin las modernas encuestas de salida, resulta imposible confirmar los resultados de la elección del 18 de agosto de 1911. Así, se puede concluir que Gayou ganó la elección a raíz de la candidatura de Maytorena. Sin embargo, también es posible que el proceso de conteo, en manos del gobernador interino Carlos Randall —quien cumplió otro periodo provisional en julio—, le haya resultado ventajoso. Las protestas por sus tácticas autoritarias continuaron: un ex empleado estatal porfirista sostenía que Gayou lo había mandado detener en la frontera, con otros exiliados políticos, supuestamente para evitar que influyeran en la legislatura para anular los resultados de la elección. Gayou negó esta acusación con vehemencia.²³

En 1911, también circulaban los rumores de que gente influyente había manipulado —o tratado de manipular— los resultados electorales y que otros habían intentado postergar las elecciones para asegurar más resultados favorables. Existe evidencia de que ambas prácticas fueron utilizadas en Sonora. El gobernador recién elegido, Maytorena, frustrado porque la legislatura del estado había anulado la elección de uno de sus amigos, Carlos Plank, a la Cámara de Diputados, acudió al gobernador interino para ayudarlo, pero Randall recomendó no imponer al candidato perdedor. Sugirió que Plank podría obtener una mayoría en alguna elección futura.²⁴ Así, los artificios electorales no acabaron con el fin del porfiriato; los amigos seguían recibiendo un trato preferencial en la política. Los insurgentes veían los despojos de los cargos como uno de los beneficios de su triunfo en 1911, y el deseo de tener un cargo y recompensar a los amigos fieles era en ocasiones más persuasivo que la retórica bien intencionada sobre la democracia.

Otro ejemplo de interferencia electoral en Sonora sucedió a finales de julio, al circular rumores de que varias personas querían posponer las elecciones estatales hasta

²³ Antonio B. Monteverde a Francisco León de la Barra, 13 de agosto, 1911, AGM, c. 7, exp. M-3, núm. 88.

²⁴ Carlos Randall a José María Maytorena, 23 de agosto, 1911, JMMA, c. 1, carp. 14, núm. 23.

noviembre por razones mezquinas. El ministro del Interior, Emilio Vázquez Gómez —némesis personal de Madero— y algunos porfiristas, por su cuenta, tramaban posponer las elecciones. Los historiadores han visto esos intentos como medidas desesperadas. Los oponentes en todo el país en 1911 —el mejor ejemplo de ello es la elección presidencial— utilizaron gritos de fraude para tratar de extender la fecha de las elecciones, por lo general sin éxito. En este caso, los maderistas del estado se opusieron resueltamente a cualquier retraso en las elecciones. Maytorena le escribió a Madero, quien de inmediato compuso una carta de protesta al presidente interino De la Barra, quien, a su vez, estuvo de acuerdo en que no había razón para posponer el proceso electoral.²⁵

En suma, la democracia en Sonora era una institución bastante frágil en el verano de 1911. Maytorena obtuvo un triunfo sospechoso, casi unánime, como gobernador, mientras que Gayou triunfó a pesar de la sinfonía de voces que se alzaron contra su candidatura. Aunque algunos disidentes alegaban que Madero había alterado el proceso electoral al rehusarse a posponer las elecciones, para que sus amigos ganaran al final —como De la Barra en el ámbito federal—, actuó en forma sensata. Quizás de manera igualmente notoria, ningún oficial local de Sonora acusó a oficiales estatales o federales de interferir con la autonomía de su municipalidad. Un año más tarde, el gobierno perdió por lo menos un escaño en las elecciones al congreso de Sonora, lo cual podría indicar que esa lucha fue democrática y justa. Maytorena escribió con orgullo que el gobierno no había intervenido en las elecciones.²⁶ Este patrón de acontecimientos no es exclusivo de Sonora: hubo

²⁵ Alberto Morales a José María Maytorena, 23 de agosto, 1911, JMMA, c. 1, carp. 14, núm. 22; José María Maytorena a Francisco I. Madero, 28 de julio, 1911, JMMA, c. 2, núm. 57; Francisco I. Madero a Francisco León de la Barra, 28 de julio, 1911, AGM, c. 18, exp. 1, núm. 50, y Alberto Crespo a Francisco León de la Barra, 7 de agosto, 1911, AGM, c. 3, exp. C-3, núm. 123.

²⁶ José María Maytorena a Eduardo Ruiz, 20 de septiembre, 1912, JMMA, c. 2, núm. 120.

resultados similares en estados tan diversos como Oaxaca y Chiapas.²⁷ Por doquier, la democracia triunfó durante los años de Madero en el sentido de que la mayoría de los candidatos populares ganaron. Si bien no todos los políticos desempeñaban el papel democrático a la perfección, la voluntad del electorado solía conformarse con los resultados anunciados de las elecciones.

MAYTORENA EN EL PODER: EL CONTINUO PROBLEMA DEL ORDEN

Durante el siguiente año y medio, hasta la inesperada conclusión prematura del periodo de Maytorena como gobernador en 1913, los gobiernos federal y estatal continuaron su lucha por restaurar la paz en el campo. En consecuencia, surgieron cuestiones de política como qué tan grande debía ser la fuerza militar estatal, y quién debía ser responsable por pagar a las tropas —el gobierno federal o el estatal. El tamaño de las fuerzas estatales se volvió un problema cada vez más importante porque, si bien De la Barra y Madero habían gozado una luna de miel política en 1911, para comienzos de 1912 el presidente Madero enfrentaba una oposición significativa. Sus antiguos enemigos y seguidores lo percibían temeroso e indeciso, y pensaban que una rebelión podía destituirlo.

Durante el gobierno de Maytorena, Sonora enfrentó dos amenazas militares auténticas: el levantamiento indígena yaqui comenzó en 1911, y la revuelta regional —con visos nacionales— de Pascual Orozco en 1912. El gobernador Maytorena vio la necesidad de remilitarizar el estado, y pidió el envío de tropas y recursos federales para conseguir la paz por la fuerza.²⁸ Gran parte del mandato de Maytore-

²⁷ BENJAMIN, 1980, pp. 74-98 y HENDERSON, 1975, pp. 38-74.

²⁸ José María Maytorena a Rafael Hernández, 4 de enero, 1912 (*sic*, 1913) JMMA, c. 2, núm. 132. Alberto García Granados a José María Maytorena, 9 de septiembre, 1911, JMMA, c. 1, carp. 15, núm. 3, y José María Maytorena a Alberto García Granados, 13 de septiembre, 1911, AFIM, rollo 18, núm. 0515.

na se vio consumido por las rebeliones de Orozco y los yaquis. La historiografía tradicional ha disculpado a Francisco I. Madero en el ámbito nacional por no llevar a cabo las reformas que había prometido en campaña con base en el hecho de que innumerables rebeliones disminuyeron las energías de su régimen y lo llevaron a concentrar sus esfuerzos en las exigencias militares.²⁹ Las próximas dos secciones de este artículo tratarán de aplicar esta interpretación tradicional a los acontecimientos que ocurrieron en Sonora, para determinar si un argumento similar beneficiaría a Maytorena.

De todas las revueltas nacionales que estallaron durante la presidencia de Madero, la más ominosa fue la de Pascual Orozco, que amenazó con extenderse a Sonora desde el vecino estado de Chihuahua. Si éste fue la cuna de la revolución mexicana, entonces la mano de Orozco fue la que meció la cuna. Ya durante la lucha militar contra Díaz, Orozco había tenido diferencias con Madero. Al no recibir recompensa alguna por sus servicios, ni obtenido la gubernatura por un tecnicismo —o al menos eso creyó—, y descontento como muchos de sus colegas maderistas populares por la lentitud de las reformas progresistas del gobierno federal, Orozco reunió a sus veteranos de batalla en marzo de 1912 y se declaró contra el gobierno. Los motivos de Orozco parecían bastante razonables. Las multitudes lo aclamaron cuando llegó a la ciudad de Chihuahua, opacando los vítores para el gobernador interino Abraham González. Sin embargo, como en otros lugares del norte, a Orozco, como a cualquier maderista popular típico, se le negó toda recompensa política porque no tenía educación y provenía del círculo social equivocado. Luego de su fallido intento por conseguir la gubernatura, se convirtió en el comandante principal de los rurales en Sinaloa, pero el salario relativamente bajo y lo oscuro de la posición no parecían ser recompensas adecuadas, y por tanto, permaneció descontento, aunque, en teoría, fiel al gobierno.

²⁹ Ross, 1955, pp. 244-249. Maytorena emplea la misma excusa, 1916, 2.

En febrero de 1912, recibió el encargo de combatir a las fuerzas de Emilio Vázquez Gómez, en cuyo nombre se habían rebelado hacía poco algunos rurales en Ciudad Juárez. Vázquez Gómez, otrora aliado político de Madero, había sido expulsado del gobierno interino de De la Barra por su fracaso al aplicar la política de pacificación. Ambicioso y molesto desde entonces, Emilio Vázquez Gómez trató de reunir a la vieja coalición del norte para destituir a Madero. Luego de un mes de indecisión, Orozco por fin se unió a los rebeldes, en su mayoría viejos compatriotas que habían peleado a su lado en 1910-1911. Así, el movimiento de Orozco representaba, en parte, el resentimiento de muchos maderistas populares contra su ex líder, quien no sólo los había ignorado en su búsqueda de cargos oficiales, sino que también había pospuesto las reformas significativas, como ellos las entendían. Es decir, gran parte de la agenda reformista de Abraham González, así como la del gobernador Maytorena —que se detalla en la siguiente sección de este artículo—, estaba diseñada para atraer a los maderistas civiles de clase media urbana. En consecuencia, muchos de los veteranos, con la notoria excepción de Pancho Villa, se declararon en favor de Orozco en marzo de 1912.

En un principio, la rebelión de Orozco fue un éxito. Cuando el secretario de Guerra obtuvo el mando de las tropas federales en el norte, un teniente de Orozco lo sorprendió en la primera batalla de Rellano y destruyó sus tropas. Desalentado por su fracaso, el secretario de Guerra se suicidó, lo cual causó todavía más confusión en las filas federales. Sin embargo, la escasez de equipo militar y la reticencia que mostraron algunos veteranos chihuahuenses a abandonar su querido estado y marchar hacia la ciudad de México debilitaron los esfuerzos militares de Orozco. Entre tanto, los federales recobraron la confianza y comenzaron a reorganizarse. Gran parte del resurgimiento federal se debía a la presencia de un nuevo comandante, el veterano herido de guerra, general Victoriano Huerta. Éste había ganado su reputación durante el porfiriato al combatir con fiereza a los indígenas, pero prácticamente

no había participado en la defensa del régimen en 1910-1911. De la Barra utilizó su talento para la campaña contra Emiliano Zapata, durante la cual gozó de un éxito precario. Madero, desesperado, pensó que el duro Huerta podría ayudarlo. Y lo hizo. Luego de reunir defensas durante dos meses en el área que rodea Torreón y reabastecer al ejército, Huerta avanzó con las fuerzas federales hacia el norte y se encontró con los orozquistas de nuevo en el campo de batalla de Rellano. Esta vez el resultado se revirtió, y a partir de entonces Orozco y sus hombres huirían hacia el norte y el oeste.³⁰

Desde el inicio de la rebelión de marzo, el gobernador Maytorena temía que Orozco llegara a Sonora. La estrategia del gobernador consistió en mandar fuerzas locales, incluido un gran número de yaquis —incluso más que el ejército federal—, hacia la sierra occidental. Sin embargo, como Maytorena le reiteró a Madero, el éxito de esta estrategia dependía del envío de dinero, caballos y municiones federales.³¹ Con los hombres de Orozco dirigiéndose hacia Sonora en el verano de 1912, Maytorena y el gobierno estatal se ganaron la crítica de la prensa de la ciudad de México por su supuesta mala organización. Maytorena montó en cólera, negó los cargos y exigió más ayuda federal —incluidas tropas— para suprimir la rebelión.³² A diferencia del régimen de González en Chihuahua, el gobierno de Maytorena cumplió la tarea de rechazar a los orozquistas. Primero, como resultado de la vieja discusión, en la ciudad de México, sobre la necesidad de fuerzas estatales irregulares, Maytorena contaba con una fuerza militar bastante significativa de unos 2700 hombres, casi equivalente al número de las fuerzas orozquistas. Segundo, y quizás más importante, los sonorenses veían a los invasores

³⁰ MEYER, 1967, 53-93; Juan Sánchez Azcona a José María Maytorena, 11 de abril, 1912, JMMA, c. 3, carp. 6, núm. 23.

³¹ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 24 de agosto, 1912, JMMA, c. 3, carp. 9, núm. 10.

³² José María Maytorena a Francisco I. Madero, 6 de septiembre, 1911, JMMA, c. 3, carp. 10, núm. 5 y José María Maytorena a Abraham González, 6 de septiembre, 1912, JMMA, c. 3, carp. 10, núm. 8.

como forasteros. En consecuencia, las fuerzas sonorenses reclutadas en el ámbito local, incluido un número importante de yaquis, derrotaron a los oroquistas a cada paso, obligándolos a huir hacia la frontera con Estados Unidos o de vuelta a Chihuahua. Las circunstancias de la invasión oroquista trajeron a un nuevo voluntario a escena: Álvaro Obregón, quien se convertiría en el héroe militar más importante de Sonora y llegaría a ser presidente de México, enfrentó su primer combate encabezando a los voluntarios que había reclutado en su ciudad natal, donde servía como alcalde. Para octubre, estos soldados locales y el ejército federal tenían la situación bajo control, aunque grupos de rebeldes continuaron sueltos durante unos cuantos meses.³³

Controlar a los yaquis resultó más difícil para Maytorena. Pero como su historia está íntimamente ligada al problema de las reformas sociales, los detalles de esa lucha se dejarán para la próxima sección de este artículo. Baste decir que desde finales de 1911 hasta la conclusión del gobierno de Maytorena, los yaquis fueron un elemento inquieto en la sociedad sonorenses. De igual manera, las rebeliones de Flores Magón, Vázquez Gómez y Orozco mantuvieron a Sonora en estado de alerta máxima. Incluso cuando las rebeliones ya habían sido aplacadas, los ataques inesperados y el pillaje en ranchos y pueblos evidenciaron dolorosamente entre los sonorenses que la vida había sido más pacífica durante el porfiriato. En ese sentido, Sonora fue una tierra intranquila de 1911-1913. Resulta interesante preguntarse si hubiese habido mayor orden social de haber prestado el gobierno de Maytorena más atención a la reforma que a la represión. En lo subsecuente, este artículo deberá concentrarse en la historia del cambio social.

³³ José María Maytorena a Alberto Morales, 8 de octubre, 1912, JMMA, c. 2, núm. 400 y Álvaro Obregón a José María Maytorena, 30 de septiembre, 1912, JMMA, c. 3, carp. 11, núm. 9.

MAYTORENA Y LOS PROBLEMAS SOCIALES EN SONORA

La historiografía tradicional ha descrito a los maderistas civiles como reformistas moderados en la tradición del siglo XIX.³⁴ Podrían describirse con mayor exactitud, como parte de un gran consenso para el reformismo progresista que se extendió por el país en 1910 y 1911. Inspirados por el movimiento progresista que se difundía en los partidos republicano y demócrata en Estados Unidos, los progresistas mexicanos plantearon cambios fundamentales para los males que acosaban a México. Sus ideas despuntaron en el gabinete de reforma de Porfirio Díaz en abril de 1911 y se desarrollaron durante los mandatos de De la Barra y Madero, quienes las favorecieron claramente. Porfiristas y maderistas civiles compartían estas nociones. También lo hacían los gobernadores del norte. Esta sección del artículo estará dedicada a valorar si Maytorena formó parte de un consenso más amplio de reformadores —porfiristas y maderistas civiles— influidos por el movimiento progresista que se desarrollaba al mismo tiempo en Estados Unidos. Al examinar los antecedentes de Maytorena y sus declaraciones sobre educación, reforma laboral y cambio agrario, podremos reevaluar la reputación de Maytorena como reformador social.

Los trabajadores más importantes de Sonora eran los mineros de las áreas del norte y centro del estado, quienes, en términos relativos, recibían salarios generosos. Inquietos a causa de la lucha militar, los mineros de pueblos como Cananea y Nacozari se convirtieron en un problema potencial para el gobierno de Maytorena. En Cananea, una minoría de la fuerza laboral se declaró en huelga exigiendo salarios más altos en octubre de 1911. Maytorena mostró poca simpatía por los huelguistas. Culpendo a agitadores por los disturbios, Maytorena optó por llamar a las tropas para someter a los mineros y evitar que la situación explotara y desatara una huelga general, lo cual generaría

³⁴ Ross, 1955, pp. 241-249 y DEEDS, 1974, p. 28.

pérdidas de ingresos para el estado.³⁵ Nacozari planteó un reto diferente: allí, los mineros agredieron a inmigrantes chinos, situación que podía convertirse en un incidente internacional. Con la cooperación del presidente De la Barra, el gobernador repartió a los trabajadores chinos en otros pueblos y los sustituyó con mexicanos.³⁶ Los colegas de Maytorena en Coahuila y Chihuahua actuaron en forma por demás diferente: ambos pensaron seriamente en proteger a los trabajadores por ley. La reducción del trabajo infantil se convirtió en un tema de campaña importante para el gobernador González, así como la creación de una ley de compensación para los trabajadores. En comparación, la historia de Maytorena como reformista laboral no fue nada impresionante. Más preocupado porque las minas siguieran produciendo que por proteger a los mineros, Maytorena tampoco promulgó una legislación progresista, como lo hicieron el gobierno federal y otros gobernadores del norte como Carranza y Abraham González.

En lo que toca a otras reformas sociales, el desempeño de Maytorena no fue mejor. Como a los demás gobernadores progresistas, le interesaba ampliar las oportunidades educativas (incluso para las mujeres) en el estado y ponerlas al alcance de la gente del campo y de la ciudad. La reforma educativa era parte esencial del programa progresista. La propuesta federal, elaborada por el porfirista Jorge Vera Estañol, buscaba inculcar valores a la gente rural, como la ética del trabajo, mediante la reforma educativa. Varios gobernadores progresistas hicieron de la reforma educativa una prioridad, en especial para las áreas rurales que habían sido descuidadas durante el porfiriato. Sin embargo, Maytorena no hizo mucho en ese rubro: abrió una escuela normal, varias escuelas para indígenas y abogó por la educación mixta. El hecho de que Sonora tenía uno de los

³⁵ José María Maytorena a Francisco León de la Barra, 12 de octubre, 1911, AGM, c. 20, exp. 2, núm. 55 y Alexander Dye a Philander C. Knox, 24 de junio, 1911, RDS, rollo 14, 812.00/2195.

³⁶ Carlos Randall a Francisco León de la Barra, 12 de agosto, 1911, AGM, c. 15, exp. 1, núm. 45.

índices más altos de alfabetización en el país (34%) podría disculparlo, pero eso, por supuesto, era atribuible a los gobernadores porfiristas y no a Maytorena. Al igual que Carranza, buscó un código fiscal que pusiera una carga mayor en los ricos.³⁷ El ajuste de la carga fiscal fue también una reforma progresista común propuesta en Coahuila y Chihuahua. De hecho, equilibrar los impuestos incrementando la carga para los terratenientes ricos y disminuyéndola para los negocios de clase media le ganó al gobernador González la hostilidad de la adinerada familia Terrazas-Creel. Maytorena impulsó una reforma similar en Sonora, aunque no le costó tan cara. Pero las otras promesas de reformas morales que hicieron los gobernadores del norte, De la Barra y Madero no encontraron eco en Sonora. Maytorena no propuso campañas para apoyar las reformas morales progresistas, tan populares entre los administradores estatales y federales, como la campaña para prohibir las bebidas alcohólicas y tratar de abolir las apuestas y las peleas de toros, lo cual hubiera representado un duro golpe para la cultura popular del estado. Estas reformas, diseñadas para levantar la moral de los pobres rurales y convertirlos en ciudadanos sólidos y trabajadores, se ganaron el disgusto popular y, en realidad, no fueron aplicadas. Quizás Maytorena mostró su realismo al no preocuparse por algo tan idealista como cambiar los valores básicos. En suma, en términos de educación y reformas morales, Maytorena hizo menos que sus colegas progresistas del norte.

Para Sonora, así como para el resto del país en 1911, el principal problema social comprendía la posesión de tierras y el control del trabajo y los recursos hidráulicos. En Sonora, el problema afectaba de forma muy clara a los yaquis y, con el tiempo, quedó reducido así el altruismo de Madero, el sentido de protocolo legal de De la Barra y el reformismo blando de Maytorena —moderado por sus intereses personales— eran compatibles entre sí. Inmediatamente después de la exitosa revuelta contra Díaz, los yaquis tenían la esperanza de que sus viejos agravios fueran atendidos. Solicitaron

³⁷ BEEZLEY, 1976, pp. 50-62 y DEEDS, 1974, pp. 31-33.

a Madero la restitución de las tierras junto al río Yaqui que habían perdido en la generación pasada, así como un interdicho para que no se establecieran más mexicanos en su región. Además, esperaban que sus parientes deportados a Yucatán regresaran a Sonora lo antes posible. Su optimismo estaba basado en una creencia implícita, aunque ingenua, en la bondad de Madero, en que era “tan justo como Dios”,³⁸ creencia compartida por muchos campesinos de México, como Emiliano Zapata (quien, por lo menos durante parte de agosto de 1911, sostuvo su confianza en Madero). Por su parte, De la Barra (cuya correspondencia presidencial raramente tocaba temas de Sonora) buscó una situación en la que las tierras públicas se distribuyeran y otras transferencias de propiedad se concretaran sólo después de una audiencia y el proceso adecuado. Imaginó una Comisión Nacional Agraria que resolvería disputas sobre títulos y adjudicaría las tierras con base en precedentes legales. Probablemente también respaldó la propuesta porfirista de comprar tierra a los grandes propietarios para luego revenderla a los pobres.³⁹ El problema en Sonora habría de ser Maytorena.

Casi desde el principio, trató de socavar cualquier solución que otorgara a los yaquis propiedades valiosas junto a los ríos. Dentro del estado, debía equilibrar los intereses encontrados de los yaquis y de su propia clase, terratenientes que dependían de las tierras y mano de obra yaquis para que sus empresas agricultoras continuaran produciendo. En sus propiedades personales, el gobernador dependía en alto grado de la mano de obra yaqui. Por lo tanto, como en el caso de los terratenientes de Morelos, los intereses personales de Maytorena y otros habitantes de la región requerían que los yaquis no se volvieran autosuficientes en sus propias tierras, sino que continuaran siendo trabajadores subordinados. En su primera carta

³⁸ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 22 de junio, 1911, JMMA, c. 1, carp. 11, núm. 15. Madero instó a Gayou a prometer la repatriación y un acuerdo sobre la cuestión de la tierra, véase Francisco I. Madero a Eugenio Gayou, 26 de mayo, 1911, BNAM, 2/774.

³⁹ HENDERSON, 2000, pp. 177-186.

a Madero luego de que el nuevo régimen tomara el poder, Maytorena calificó las demandas de los yaquis respecto de sus tierras como “imposibles de conceder”. Se refirió a ellos como “ladrones naturales”.⁴⁰ Sin embargo, estaba dispuesto a vender las tierras yaquis pertenecientes a Lorenzo Torres, un miembro del clan que había dominado la política sonorenses durante el porfiriato y que obstruía las ambiciones políticas de Maytorena en los años anteriores a 1911.⁴¹ En pocas palabras, desde el inicio del nuevo régimen, Maytorena no pareció apoyar el cambio en la propiedad de las tierras, de modo que las reformas significativas en el área rural deberían esperar hasta la década de 1920.

En este contexto se efectuaron las negociaciones entre los comisionados yaquis y el gobierno de De la Barra durante el verano de 1911. Eugenio Gayou había instado a los yaquis a seleccionar una comisión de tres personas para reunirse con el gobierno federal. Los yaquis siguieron esta sugerencia, creyendo que Madero resolvería el problema de la posesión de la tierra en su favor. Para mostrar su buena fe, acordaron retirarse a las montañas Bocatete mientras duraban las discusiones, abstenerse de atacar a los habitantes del valle y recibir provisiones del gobierno. Maytorena creyó que podría aprovecharse de la reputación de Madero para que los yaquis “aceptaran las tierras que usted [Madero] les asigne”,⁴² y cuya extensión era menor de lo que los yaquis exigían. Mientras las negociaciones se llevaban a cabo, prevaleció la paz en el territorio

⁴⁰ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 3 de agosto, 1911, JMMA, c. 2, núm. 59; José María Maytorena a Francisco I. Madero, 5 de junio, 1911, JMMA, c. 1, carp. 11, núm. 2, y José María Maytorena a Francisco León de la Barra, 19 de julio, 1911, AGM, c. 7, exp. M-3, núm. 32.

⁴¹ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 22 de junio, 1911, c. 1, carp. 11, núm. 15; Gonzalo Luque al ministro de Guerra, 8 de agosto, 1911, AHDN, c. 131/268 núm. 807, y José María Maytorena a Francisco I. Madero, 24 de junio, 1911, JMMA, c. 2, núm. 41.

⁴² José María Maytorena a Francisco I. Madero, 22 de junio, 1911, c. 1, carp. 11, núm. 15 y Gonzalo Luque al ministro de Guerra, 8 de agosto, 1911, AHDN, c. 131/268 núm. 807.

yaqui, excepto por motines ocasionales que comenzaron a aumentar a fines de 1911.⁴³

Con cierto retraso, los negociadores llegaron a la ciudad de México a fines de julio. Como Madero había dejado la capital para tomar unas vacaciones en Tehuacán, Puebla, los tres líderes de la tribu se reunieron con las personas designadas por De la Barra. Pero incluso cuando los negociadores ya estaban en pláticas, el gobernador Maytorena expresó sus reservas sobre la posibilidad de alcanzar un resultado. Al tiempo que mantenía sus tropas en alerta, Maytorena escribió a De la Barra pidiendo que el gobierno evitara la repatriación de los yaquis de Yucatán hasta que la paz fuera restaurada en forma permanente.⁴⁴ Los planes de Maytorena para los yaquis eran paternalistas y asimilacionistas. Creía que a la tribu debían otorgársele autonomía y algunas tierras en el valle del Yaqui, siempre y cuando entregaran todas sus armas. Además, creía que los niños debían asistir obligatoriamente a la escuela y aprender español, de modo que con el tiempo se integraran al país.⁴⁵ En pocas palabras, los objetivos de Maytorena y los de la tribu eran incompatibles; él esperaba utilizar el nombre y la reputación de Madero para manipularlos y alcanzar sus objetivos.

De la Barra no tenía ningún interés especial en el juego de Maytorena. Por ello —probablemente para disgusto de Maytorena—, el tratado que el gobierno federal firmó con los comisionados yaquis el 2 de septiembre resultó más generoso de lo que esperaban los notables sonorenses. Si bien De la Barra había discutido con la prensa la idea de redistribuir unas 24700 ha entre miembros de la tribu, los términos del tratado que firmaron tanto Madero como De la Barra eran mucho más vagos. Las cláusulas relevantes estipulaban que el gobierno debía distribuir “tierras públi-

⁴³ AGUILAR CAMÍN, 1985, p. 195.

⁴⁴ José María Maytorena a Francisco León de la Barra, 17 de julio, 1911, AGM, c. 16, exp. 3, núm. 90.

⁴⁵ José María Maytorena a Francisco I. Madero, 29 de julio, 1911, JMMA, c. 2, núm. 58.

cas" a ciertos poblados; sólo si éstas resultaban insuficientes, el gobierno estaría obligado a adquirir tierras adicionales en el valle del Yaqui para su redistribución. Entre tanto, hasta que aquéllas fueran redistribuidas, los trabajadores yaquis recibirían un peso de salario al día.⁴⁶ No todo el gabinete aprobó el tratado; supuestamente, el ministro del Interior, Alberto Granados, acusó a Madero de intervenir en los términos finales.⁴⁷ Pero el tratado contenía un error fatal: no describía el proceso mediante el cual el gobierno estatal transferiría las tierras a los yaquis. Tampoco indicaba de dónde provendrían los fondos para comprar las tierras. Puede ser que la imprecisión de los términos del tratado fuera producto de la incapacidad de ambas partes para concluir en cuanto a los detalles de la redistribución de las tierras; tal falla, aunada a las sospechas de Maytorena sobre la inclinación yaqui por la violencia, provocaría el fracaso del tratado en 1912.

También contribuyeron al fracaso las políticas y envidias locales. Al comandante de los rurales del estado, el porfirista general Luis Medina Barrón, no le agradaba el comisionado designado por Madero para la pacificación de los yaquis, el general ex Boer B. J. Viljoen. Este último acusó a Medina Barrón de apropiarse de tierras de los yaquis y de aconsejarles desconfiar de las promesas de Madero.⁴⁸ La legislatura estatal con sede en Hermosillo recomendó el despido de Medina Barrón, pues sus campañas previas contra los yaquis habían dejado recuerdos amargos y dificultaban la pacificación.⁴⁹ Pero ni la transferencia de Medina Barrón a otro cargo mejoró el panorama. En vez de aclararse la situación luego de la toma de posesión de Francisco I. Madero, en noviembre, los asuntos de Estado

⁴⁶ *El País* (2 sep. 1911) y *Mexican Herald* (2 sep. 1911).

⁴⁷ FIGUEROA DOMENECH, 1918, p. 23.

⁴⁸ B. J. Viljoen a José María Maytorena, 4 de octubre, 1911, JMMA, c. 1, carp. 16, núm. 4; José María Maytorena a Francisco León de la Barra, 2 de octubre, 1911, AGM, c. 21, exp. 3, núm. 13, y B. J. Viljoen a José María Maytorena, 2 de octubre, 1911, JMMA, c. 1, carp. 16, núm. 1.

⁴⁹ Cámara de Diputados a Francisco León de la Barra, 7 de octubre, 1911, AGM, c. 20, exp. 2, núm. 2.

empeoraron. La combinación de la parsimonia federal (no se redistribuyeron tierras) y las continuas sospechas y temores de Maytorena sobre las intenciones de los yaquis destinaron al fracaso la política de pacificación.

Mientras el gobierno de Madero trabajaba en los detalles, las autoridades del estado continuaron proporcionando comida y medicina a los yaquis. La ausencia de un progreso real en la implementación del tratado descorazonó a los yaquis, quienes prefirieron reanudar los saqueos a los ranchos que permanecer en la miseria. En marzo de 1912, el gobierno determinó enviar al área a un sacerdote de confianza, el padre Pinán, para analizar la situación y discutir posibles soluciones con los líderes de la tribu. De acuerdo con el misionero, los líderes yaquis se mostraron renuentes y pidieron que todos los blancos evacuaran el valle del Yaqui. Tal intransigencia justificaba la falta de acción del gobierno; Maytorena propuso utilizar tropas de yaquis amistosos contra Orozco y postergar la campaña general contra los yaquis intransigentes hasta octubre.⁵⁰

Mientras tanto, Maytorena seguía pesimista en cuanto a las posibilidades de lograr la paz con los yaquis. Creía que los “científicos”, siempre villanos notables, incitaban tanto a los yaquis como a los oroquistas contra su gobierno.⁵¹ El gobernador sugirió intensificar la campaña militar contra los “salvajes desagradecidos” que mostraban su falta de gratitud quemando y robando ranchos y pueblos.⁵² Maytorena reveló sus intereses reales cuando propuso que el gobierno permitiera mayor colonización por parte de los blancos entre los ríos Yaqui y Mayo. El Departamento de Desarro-

⁵⁰ José María Maytorena a Rafael Hernández, 12 de junio, 1912, JMMA, c. 3, carp. 7, núm. 4; B. J. Viljoen a Eugenio Gayou, 20 de diciembre, 1911, JMMA, c. 1, carp. 18, núm. 9, y José María Maytorena a Francisco I. Madero, 28 de abril, 1912, JMMA, c. 3, carp. 6, núm. 27.

⁵¹ José María Maytorena a Manuel Bonilla, 14 de junio de 1912, JMMA, c. 3, carp. 7, núm. 5 y José María Maytorena a Francisco I. Madero, 13 de octubre, 1912, JMMA, c. 2, núm. 124.

⁵² José María Maytorena a Jesús Flores Magón, 25 de octubre, 1912, JMMA, c. 2, núm. 422 y José María Maytorena a Alberto Morales, 26 de octubre, 1912, JMMA, c. 2, núm. 403.

llo rechazó el esquema de Maytorena argumentando que los especuladores aprovecharían la oportunidad para obtener beneficios injustos y que la intrusión del gobierno federal en una situación local reviviría los abusos porfiristas del pasado.⁵³

Tomando en cuenta el problema social más crítico de Sonora —la presencia de un renuente grupo separatista de nativos americanos—, resulta claro que el gobernador Maytorena no haya propuesto nuevas soluciones. De hecho, su respuesta final, la represión militar de todos los disidentes y la colonización de tierras tribales, no difirió en ningún aspecto importante —excepto en la expatriación forzada— de las políticas de fines del siglo XIX y principios del XX. Los yaquis permanecerían apartados del gobierno de Madero hasta su dimisión en febrero de 1913. Sólo cuando el notable local, Álvaro Obregón, los reclutó para luchar contra Victoriano Huerta, encontraron un verdadero defensor. Aun así, sus peticiones no serían resueltas, sino hasta el desenlace de 1920. En suma, la reputación de Maytorena como héroe de los yaquis es errónea.

Antes de concluir esta sección sobre la reforma agraria, conviene indicar que los progresistas tenían una visión limitada en lo que concierne a este tema. Utilizar el mecanismo del estado para confiscar propiedades y redistribuirlas entre los menos afortunados no estaba en el radar político de Madero, De la Barra o del consenso progresista en general. Más bien, creían que adjudicar las propiedades en disputa en la corte y vender las tierras públicas era todo lo que podía hacer el gobierno. Y Maytorena no parecía dispuesto a adoptar siquiera estas propuestas moderadas, quizás por un conflicto fundamental de intereses: las tierras que poseía en el valle del Yaqui. Así, en el terreno más propicio para las reformas progresistas, Maytorena logró menos, en términos prácticos, que sus colegas de otros estados.

⁵³ Secretario de Desarrollo, Rafael Hernández a José María Maytorena, 28 de septiembre, 1912, JMMA, c. 3, carp. 11, núm. 8.

CONCLUSIÓN

El inicio de la Revolución en Sonora fue muy complejo, mas no del todo revolucionario. Las exigencias de cambio por parte de los maderistas populares fueron limitadas entre 1911-1913. Dado que con la revolución de 1910 subió al poder un notable local con vastos intereses personales en juego, la reforma en Sonora fue mínima. El gobierno interino apaciguó a los insurgentes desmovilizando a varios reclutas más recientes y rebeldes de sus filas, pero manteniendo a otros maderistas populares en las fuerzas estatales, donde recibían buena paga y comida. José María Maytorena gobernó bajo las premisas del consenso progresista, pero era claramente el más conservador entre sus colegas del norte. En el ámbito político, pareció manipular las elecciones a teniente gobernador para que ganara su amigo y leal subordinado. Por otra parte, no interfirió con la autonomía de las comunidades locales, lo cual era de gran importancia en el norte de México. Inició reformas educativas modestas, pero no hizo más para cumplir con los criterios de un reformador progresista. Mostraba poco interés en cambiar los patrones tradicionales de posesión de las tierras para beneficiar a los desposeídos más obvios del estado, los yaquis. Hacerlo hubiera resultado contrario a sus propios intereses.

Maytorena señaló las numerosas revueltas que inquietaron su administración, con algunos desastres nacionales, como huracanes y epidemias, para justificar su desafortunado papel como reformador. Sin embargo, es más plausible el hecho de que sus predilecciones intelectuales se centraban en la reforma política como objetivo primario de su administración. A los ojos de Maytorena, la elección del tipo correcto de reformador liberal (como él y sus camaradas) traería como resultado un cambio social gradual. En la práctica, como lo indica este artículo, muchos factores evitaron que esto sucediera. Así, la elección de Maytorena trajo muchas promesas, pero pocos resultados concretos para Sonora. Con la salvedad del problema de los yaquis, cuyas demandas de cambio social crecieron en forma dramática, el mandato de Maytorena representa un cambio de régimen más que una revolución.

Para que una variación real ocurriera, el estado tendría que esperar el surgimiento de otro hijo nativo, Álvaro Obregón.

Traducción de Adriana SANTOVEÑA RODRÍGUEZ

SIGLAS Y REFERENCIAS

- AFIM Archivo Francisco I. Madero, microfilm, University of Nebraska.
- AGM Archivo Giraldo Magaña, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- AHDN Archivo Histórico Defensa Nacional, Secretaría de la Defensa Nacional, México.
- BNAM Biblioteca Nacional, Archivo Madero, University of Texas, microfilm.
- JMMA Jose Maria Maytorena Archive, Honnold Library, Claremont College, Claremont, California.
- RDS Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico [Archivos del Departamento de Estado sobre los Asuntos Internos de México], 1910-1929, National Archives Microfilm Publication (Microcopy, núm. 274).

ACUÑA, Rodolfo E.

- 1974 *Sonoran Strongman: Ignacio Pesqueira and his Times*. Tucson: University of Arizona.

AGUILAR CAMÍN, Héctor

- 1985 *Frontera Nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

BEEZLEY, William H.

- 1972 *Insurgent Governor: Abraham Gonzalez and the Mexican Revolution in Chihuahua*. Lincoln: University of Nebraska.
- 1973 "Research Possibilities in the Mexican Revolution: The Governorship", en *The Americas*, 30, pp. 308-313.
- 1976 "Governor Carranza and the Revolution in Coahuila", en *The Americas*, 33, pp. 50-62.

BENJAMIN, Thomas

- 1980 "Revolución interrumpida. Chiapas y el interinato presidencial, 1911", en *Historia Mexicana*, xxx:1(117) (jul.-sep.), pp. 79-98.

DEEDS, Susan

- 1974 "José María Maytorena and the Mexican Revolution", partes I y II, en *Arizona and the West*, xxii, pp. 236-258, xxiii, pp. 31-57.

FIGUEROA DOMENECH, J.

- 1918 *Veinte Meses de Anarquía*. México: [publicación privada].

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

- 1973 *Invitación a la Microhistoria*. México: Secretaría de Educación Pública.

HENDERSON, Peter V. N.

- 1975 "Un gobernador maderista: Benito Juárez Maza y la revolución en Oaxaca", en *Historia Mexicana*, xxiv:3 (95) (ene.-mar.), pp. 38-74.
- 2000 *In the Absence of Don Porfirio: Francisco Leon de la Barra and the Mexican Revolution*. Wilmington: Scholarly Resources.

HU-DEHART, Evelyn

- 1984 *Yaqui Resistance and Survival: The Struggle for Land and Autonomy, 1821-1910*. Madison: University of Wisconsin.

KNIGHT, Alan

- 1987 *The Mexican Revolution*. Oxford: Oxford University Press, 2 vols.

MAYTORENA, José María

- 1916 "Mi Gobierno en Sonora" [s.p.i.].

MCCREARY, Guy Weddington

- 1974 *From Glory to Oblivion: The Real Truth about the Mexican Revolution*. Nueva York: Vantage Press.

MEYER, Michael C.

- 1967 *Mexican Rebel: Pascual Orozco and the Mexican Revolution*. Lincoln: University of Nebraska.

RIVERA, Antonio G.

- 1969 *La Revolución en Sonora*. México: [publicación privada].

ROSS, Stanley R.

- 1955 *Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy*. Nueva York: Columbia University.

RUIZ, Ramón

1985 *The Yankee Capitalists and Sonora*. Tucson: University of Arizona.

1989 *The Great Rebellion [La gran rebelión]*. Nueva York: W. W. Norton.

SIMPSON, Leslie B.

1935 *Many Mexicos*. Berkeley: University of California.

SPICER, Edward

1980 *The Yaquis: A Cultural History*. Tucson: University of Arizona.

TURNER, John Kenneth

1969 *Barbarous Mexico*. Austin: University of Texas.

VOSS, Stuart F.

1982 *On the Periphery of Nineteenth Century Mexico: Sonora and Sinaloa, 1810-1877*. Tucson: University of Arizona.